

LA BATALLA DE LA MONEDA

BALMACEDA YA LOS DENUNCIO:

"HAY UN GRUPO
A QUIEN TRABAJA
EL ORO EXTRANJERO
Y HA CORROMPIDO
A MUCHAS PERSONAS"

* CÁMERA DE BALMACEDA A JOAQUÍN VIZARRINO
FEBRERO 29 1973



Consciente que contra el proceso revolucionario se preparaba una brutal reacción fascista, Allende se dispuso a enfrentarla con todas las fuerzas de su poderosa personalidad. Al despedir a Fidel Castro en el Estadio Nacional, el 2 de diciembre de 1971, cuando el fascismo lanzaba a las calles la provocación de las ollas vacías, el presidente juró ante su pueblo:

"Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

...Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado.

Pero que lo entiendan aquellos que quieren

retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera".¹

Y esa promesa fue cumplida el 11 de septiembre de 1973 con increíble heroísmo y sentido de la historia.

Al producirse el alzamiento militar, Allende se dirigió de inmediato al palacio de La Moneda, dispuesto a resistir en este símbolo del orden constitucional, con el escudo de su fortaleza moral.

A sus leales compañeros que estaban junto a él en La Moneda, les dijo:

"Yo me quedo, siempre dije que saldría de aquí solamente muerto..."

Ordenó a los hombres que no tuvieran armas y a las mujeres salir del palacio presidencial; nadie quiso obedecerle.

Los jefes del cuartelazo cercaron el viejo edificio y lo atacaron con fuego desde tierra y aire. En medio de

la balacera y ante la terca decisión presidencial de no rendirse, los facciosos ofrecieron a Salvador Allende la posibilidad de salir al extranjero con su familia y colaboradores cercanos.

La respuesta del presidente fue rotunda:

"Yo no trato con traidores. Y, usted, general Pinochet, es un traidor".

Ante la insistencia del almirante Toribio Merino, reiteró conceptos semejantes:

"Rendirse es para los cobardes y yo no soy cobarde. Los verdaderos cobardes son ustedes que conspiran como los maleantes en la sombra de la noche".

La breve tregua que surgió a este comunicado fue aprovechada por el presidente para exigir a las mujeres obedecer sus órdenes, incluso las amenazó con sacarlas personalmente a la calle.

Se dirigió por teléfono al general Baeza para demandarle garantía para la salida de las mujeres:

"Aunque es usted un traidor, espero que no sea también un asesino de mujeres..."

Su hija Beatriz advirtió al Presidente:

"Nos van a tomar como rehenes para chantajearte y obligarte a que te rindas..."

El Presidente, con una increíble resolución dio su respuesta:

"Si ellos, además de traidores las toman como rehenes, seré yo quien le pida las maten porque no me voy a rendir. Entonces la historia sabrá que su propio padre las mandó matar..."

Las mujeres, entre ellas Beatriz e Isabel, hijas del Presidente, salieron por fin de La Moneda.

A las 11:30 horas Pinochet comunicó al Presidente que La Moneda sería bombardeada si no se rendía inmediatamente.

La respuesta la conoce la historia a través de sus palabras:

"¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregaremos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser cegada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

TRABAJADORES DE MI PATRIA:

Tengo fe en Chile y su destino: superarán otros hombres de Chile este momento gris y amargo donde





Enrique Paris (foto superior), médico; Arsenio Poupin (inferior), abogado; asesores de la Presidencia, asesinados el 11 de septiembre por los asaltantes del poder constitucional.

la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile!
¡Viva el pueblo!
¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras.
Y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano.

Traspasadas por tableteos de ametralladoras, se grabaron en lo más hondo de quienes las escucharon o supieron más tarde de ellas por los mil canales de comunicación popular que ninguna dictadura puede silenciar:

La lucha había de continuar, la derrota no podía apagar las llamas de una rebeldía que había surgido de una larga lucha en la pampa salitrera, en las minas del carbón, en los cerros de Valparaíso, en las calles de Santiago, en las universidades; por el derecho a comer, a vestir, a conocer y a reír.

La batalla de La Moneda había terminado pero en realidad no comenzó en la mañana del 11 de septiembre de 1973; había comenzado la misma noche del 4 de septiembre cuando las urnas confirmaron su victoria.

Aquella batalla, donde Allende combatió como titán hasta conmover a la humanidad entera, fue precedida de miles de batallas libradas en fábricas, minas, haciendas, carreteras, puestos, hospitales, universidades, vecindades, por miles de hombres y mujeres que se entregaron al trabajo y al cultivo de una gran esperanza.

De esos héroes anónimos sacó Allende las fuerzas morales que sostuvieron su desigual combate y desde ellos lo acompañaron en las horas decisivas del martes 11; con ellos regresará mañana por las grandes alamedas de la libertad.

Para algunos, Allende pareció un obstinado al alcanzar el rango de Presidente de la República. Sin embargo, sus motivaciones rebasaban los mezquinos cálculos de los trepadores de la pirámide. Allende se movía tras una ambición de los trabajadores consciente que había llegado la hora de su liberación definitiva. Ese fue el sentido profundo de un liderazgo que sobrevivirá, ennoblecido por el heroísmo con que combatió en la batalla de La Moneda.

Como José Manuel Balmaceda (1886-1891), Allende encarnó la voluntad de ser de la nación chilena.

La conducta moral ha sido en la historia la fuente del heroísmo. Han sido los hombres honrados, nobles, generosos, responsables y valientes, quienes se han alzado como arquetipos de valores humanos, encarnación de una idea superior, símbolos de un pueblo o una época.

Salvador Allende asumió en plenitud el papel de conductor de un vasto movimiento nacional, popular y revolucionario; integración viva de las fuerzas sociales

interesadas en la transformación de las estructuras dominantes, orientadas a romper las coyundas de la dependencia, a demoler los privilegios de minorías parasitarias y a iniciar la marcha hacia la construcción del socialismo, en democracia y libertad, única alternativa de liberación nacional y social. Por eso, cuando el fuego y el humo habían convertido la vieja casona presidencial en un infierno, cuando los tanques y aviones demolían el orden jurídico tradicional, cuando el dolor de un pueblo derrotado y reprimido nublaba sus ojos, jamás dudó del sentido histórico de su misión.

Aquella proeza, fue el golpe moral de Allende que desnudó no sólo a los facciosos con quienes rechazó negociar, sino también a los vocingleros que hasta la noche anterior hablaban de "avanzar sin transar" y que aquella mañana decidieron exiliarse sin tardar.

Escribe Joan Garcés:

"La mañana del día 11 de septiembre, poco antes de las nueve, cuando ya el ruido de los vuelos rasantes de la aviación dificultaban las conversaciones, en el minuto escaso que Allende concedió a Hernán del Canto confluían tres años de interrelación entre la dirección del Partido Socialista y el Presidente de la República:

—Presidente, vengo de parte de la dirección del partido a preguntarle qué hacemos, dónde quiere que estemos.

—Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer—respondió secamente Allende—. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber.

Ahí terminó la conversación. Del Canto partió. Los demás partidos no enviaron a preguntar qué hacían.³

En los campos de concentración; en las cámaras de

tortura, cuando todo el odio de los fascistas se descargaba sobre hombres y mujeres de nuestro pueblo, su combate desigual, su vergüenza revolucionaria, su increíble valor, emergió como una poderosa fuerza moral que sostenía los espíritus.

Se ha discutido si Allende fue asesinado o se suicidó. Se conocen versiones en uno u otro sentido, las que esperan una investigación rigurosa que, por razones obvias, todavía no es posible realizar. No obstante, cualquiera que sea la realidad, en nada se empañará la resuelta decisión de Allende de no rendirse ni menos aún, negociar con los generales que traicionaron sus deberes de soldados ante la Constitución de la República.

La nave despegó rumbo a la Base Aérea de El Belloto, situada en Quintero, puerto próximo al balneario de Viña del Mar, provincia de Valparaíso. En breve tiempo se cubrió la distancia, en el más absoluto silencio de todos los pasajeros. Un vehículo de la marina trasladó los restos del Presidente al cementerio de Santa Inés de Viña del Mar. La familia fue conducida al lugar con fuerte escolta armada.

El sepelio se hizo sin que la esposa del Presidente tuviera la oportunidad de verlo. No hubo flores ni ceremonia. Hortensia, abrumada por las circunstancias en que se enterraba al Presidente de Chile, recogió unas flores de una tumba contigua y las depositó como homenaje póstumo al hombre contra el cual se había descargado toda la furia de una oligarquía que lo odió como enemigo mortal de sus privilegios.

Dirigiéndose a los militares que participaban en el operativo-funeral, les dijo:

"Salvador Allende, Presidente de Chile, no puede ser enterrado en una forma tan anónima. Quiero que ustedes sepan por lo menos, el nombre de la persona a quien están sepultando. Y quiero que sepan que aquí



Hortensia Bussi, a su lado, Harald Edelstam, ex Embajador sueco.

dejamos a Salvador Allende, que es el Presidente de la República a quien no han permitido que ni siquiera su familia lo acompañe".

Sobre su memoria se enseñorearon los nuevos amos que hicieron lo imposible para desprestigiarlo y luego arrancarlo de la memoria popular. Todo fue inútil: una vida transparente como la suya emergió invicta sobre el lodazal de infundios propagados hasta el cansancio, por televisión, radio, prensa y libros. Nadie creyó a los hombres sin honor que lo traicionaron y le siguieron creyendo al Compañero Presidente.

La caída del Gobierno Constitucional de Chile y la gloriosa muerte del Presidente Allende estremecieron al mundo de indignación.

Gabriel García Márquez, dirigió a los cuatro generales de la Junta Militar, el mismo 11 de septiembre un cable que adelantó la repulsa universal:

"Bogotá, sept. 11 de 1973.

Generales Augusto Pinochet, Gustavo Leight, Santiago, (Chile).

Ustedes son autores materiales de la muerte del Presidente Salvador Allende y el pueblo chileno no permitirá nunca que lo gobierne una cuadrilla de criminales a sueldo del imperialismo norteamericano"

"GABRIEL GARCIA MARQUEZ"

En México, el gobierno del Presidente Luis Echeverría, decretó duelo nacional en medio de una impresionante manifestación de repudio al golpe, solidaridad con el pueblo avasallado y admiración por el digno gesto del Presidente Allende.

"Allende, recordó el Dr. Pablo González Casanova, dijo muchas veces que ni renunciaría, ni se suicidaría ni se iría al exilio; que o bien terminaba el mandato constitucional para el que había sido elegido por el pueblo chileno, en voto universal y libre, o lo sacarían antes muerto que renunciar, exiliarse o suicidarse.

Era precisamente la reacción y la ultra derecha quienes querían que Allende renunciara, como O'Higgins, o se suicidara como Balmaceda. Se lo dijeron muchas veces. Lo gritaron, lo escribieron. Y al ver que no lograban derrotarlo con todas las presiones económicas, políticas, psicológicas y con todos los asesinatos anteriores, en que cayeron varios colaboradores de Allende, leales al gobierno de la Unidad Popular, pasaron al crimen bestial del presidente chileno. Asesinaron así a uno de los hombres ejemplares que ha habido en la historia".

El 16 de septiembre, arribó a la ciudad de México, Hortensia Bussi de Allende y su familia. En el aeropuerto Internacional Benito Juárez, la esperaba el Presidente de México, Luis Echeverría, su esposa María Esther Zuno y todos sus ministros, de riguroso luto. México, su gobierno y su pueblo, abrieron sus puertas, con generosa solidaridad, a centenares de chilenos que buscaron su alero para proteger sus vidas amenazadas o recuperarse después de cárceles y torturas.



Ricardo Núñez.

En esta noble faena destacó la labor del embajador de México en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá, quien se jugó entero para brindar asilo y posteriormente, ayudar a la radicación en su país, a nuestros compatriotas en desgracia.

En esta faena humanitaria destacaron también los embajadores de Suecia, Harald Edelstan y de India, Schiri F. J. Malik; sin dejar olvidar que fueron muchas las embajadas que se jugaron esfuerzos que nuestro pueblo nunca olvidará; como tampoco, a los países que recibieron a miles de desterrados donde pudieron trabajar, educar a sus hijos y rehacer sus vidas:

En todos los rincones del planeta resonó la palabra oral y escrita, encendida en la tribuna callejera o solemne en la majestad de Parlamentos, Academias o Iglesias, expresando la emoción de lo mejor de la humanidad.

Se desató una tormenta de solidaridad que ha encontrado su eco más rotundo en la *Asamblea General de las Naciones Unidas*, que durante quince años consecutivos ha condenado al fascismo instalado en Chile por cuenta de una descarada intervención extranjera.

En esta labor por conmover a la conciencia de la humanidad civilizada, la democracia chilena ha contado con la sostenida tenaz actividad diplomática de

México, Cuba, Argelia, Holanda, Francia, Suecia, Yugoslavia, España, Italia, Rep. Democrática Alemana y de otros países que han estado en la primera fila de la solidaridad y de la denuncia.

En el centro de esta lucha internacional, ha estado, con admirable entrega, Hortensia Bussi de Allende, figura moral de un exilio en el que, políticos, sindicalistas, escritores y artistas, no han dado tregua a la dictadura y a cuyo aislamiento internacional han contribuido con notable eficacia.

Tencha, con el dolor a cuesta, se empujó para asumir como Allende, una faena histórica: portar la bandera de Chile ante la conciencia del mundo; ser la voz de los perseguidos, desaparecidos, humillados y desterrados; el índice acusador sobre los generales que mancillaron el uniforme de O'Higgins.

En su peregrinar por el mundo, Tencha no ha dado tregua ni a la dictadura con sus valerosas y documentadas denuncias, ni al exilio, con su diaria convocatoria a la acción con los ojos puestos en la patria cautiva.

Más aún, en los tiempos recientes, se ha convertido en una gran protagonista de la política en el propio territorio nacional. Su llamado a la inscripción en los

registros electorales y su demanda por elecciones libres, ha encontrado una acogida notable en amplios sectores de la población y ha dado a las fuerzas democráticas un oportunidad de remontar el retroceso a que condujo el irracional empeño de algunos de enfrentar a los militares en el terreno que más les conviene: el de las armas.

Tencha está así, no sólo en la memoria de un pueblo que la siente portadora de sus mejores tradiciones; sino también en la primera fila de la lucha de quienes no han renunciado a la inteligencia ni al porvenir.

En la sostenida lucha del exilio, destaca una figura notable:

Orlando Letelier, cuya valiosa vida cegó el brazo largo de la dictadura en su desesperado e inútil esfuerzo por intimidar a esa parte del pueblo chileno que, lejos de la patria, se ha mantenido fiel a su historia y a su futuro como nación.

Letelier no sólo pagó con su vida su lealtad a su pueblo; también abrió los ojos a la izquierda sobre ese otro costado de los Estados Unidos, las reservas democráticas y progresistas que representan sus po-



"Usted tendrá mi lealtad incondicional, Presidente".

(General Augusto Pinochet al Presidente Salvador Allende, 7-IX-1973).

líticos liberales, sus intelectuales, artistas y religiosos que no son parte del imperio sino de lo mejor de la humanidad.

Letelier enseñó a mirar al norte sin la ofuscación del odio estratégico; enseñó a recuperar la validez de una vieja consigna aprista, el "interamericanismo sin imperio", que debe presidir las relaciones en un continente que está obligado a dialogar, a cooperar y a comprenderse, como imperativo de paz y desarrollo.

El mundo ha conocido horrorizado los devastadores efectos humanos y materiales de la guerra que ha provocado en Chile el asalto al poder por los militares y ha conocido también la irrenunciable decisión del pueblo chileno de resistir y recuperar la iniciativa política.

Decenas de valiosos cuadros, especialmente jóvenes, han sacrificado sus vidas en una dura clandestinidad que poco a poco ha ido ganando espacios para enfrentar a la dictadura a la luz del día.

En esa lenta, discontinua y difícil tarea, fue también resurgiendo del silencio y la infamia la figura de Allende con la poderosa fuerza de sus convicciones democráticas, su patriotismo y consecuencia socialista. El proscrito regresó por fin a las calles de Santiago en el rumor de las multitudes resurrectas:

"¡SE SIENTE... SE SIENTE...!
¡ALLENDE ESTA PRESENTE!"

En mayo de 1970, a diez años de su inmolación, los socialistas desafiaron a la dictadura y colmaron el mayor teatro de Santiago para rendirle el primer homenaje público.

"Durante diez años, dijo Ricardo Núñez, han perseguido su pensamiento. Han deformado su obra y han escondido su magnífica utopía.

Y hoy, cuando la noche empieza a disiparse, cuando se aflojan los mecanismos del temor, cuando Chile sacude su letargo, cuando la Nación toma conciencia de los abismos a que fue arrastrada, los estrategas de la dictadura descubren con alarma, que la muerte del hombre no implicó la muerte de la idea.

¿Cómo apagar su voz en Chile cuando ella sigue escuchándose en todas las latitudes de la tierra?

Aquí no hay un héroe olvidado. Hay un conductor presente. Allende, al igual que ayer, empieza a recorrer los caminos de Chile como un fantasma imperitante, que altera los nervios de la tiranía y se resitúa en la vanguardia de la lucha por la democracia y del socialismo.

¿Cómo pretendieron proscribirlo en Chile, si goza del raro privilegio de pertenecer al mundo?

La humanidad lo ha colocado en la cofradía selecta de los estadistas que tienen audiencia imperecedera.

Su memoria ha sido perpetuada por los pueblos de

los cinco continentes, su imagen es familiar a hombres y mujeres de todas las razas, de todos los credos y de todas las lenguas. Su nombre ha sido escrito en calles, plazas y monumentos en todos los ámbitos del planeta.

Estadistas de cuño diferente han reconocido inspiración en su pensamiento, en su obra y ejemplo.

Lo había dicho en la antesala de su muerte:

"Me seguirán escuchando. Siempre estaré junto a ustedes y por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno, que fue leal con la patria y los trabajadores".

Tuvo conciencia de que su voz, la voz de su vida y de su muerte, trascendería su existencia. Hoy, ella es infinitamente más vigorosa. Tiene un sentido más profundo y un auditorio sin fronteras.

Digámoslo esta noche: con infinita satisfacción y hasta con íntimo deleite, los torvos inquisidores de la dictadura no pudieron desterrarlo de la conciencia de Chile.

Digámosle a los generales golpistas, a la burguesía criolla y al imperialismo norteamericano: "El muerto que vos matásteis goza de buena salud".

Salvador Allende caló hondo en el corazón de las multitudes. Donde llegaba, la gente le rodeaba de un afecto sincero conquistado en una larga trayectoria de entrega de tiempo completo a la defensa de los humildes, de vocero de los trabajadores, de los intelectuales y artistas.

Su prestigio traspasó las fronteras: se colmaban plazas y salones de conferencia para escucharlo en Montevideo o en La Habana; en Caracas o Buenos Aires. Al arribar a la Presidencia de la República ya había conquistado un sitio entre los políticos más destacados de América Latina. Desde el gobierno, atrajo las expectativas revolucionarias de Fidel Castro y la búsqueda de un encuentro entre el socialismo y la democracia; de eso vinieron a conversar con él los principales personeros de la *Internacional Socialista*; sobre lo mismo reflexionaron los comunistas italianos mientras Tito saludaba con entusiasmo a un nuevo vocero de los No-Alineados.

Sin embargo, la gesta de su caída habría de convertirlo en un verdadero héroe, en "un héroe de la democracia", como lo llamó Bettino Craxi; en una "bandera para el pueblo chileno", como lo llamó Fidel Castro.

NOTAS

1 "Últimas palabras". Witker, Alejandro, *Salvador Allende prócer de la liberación nacional*. (1908-1973), UNAM, México.

2 *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Ariel, Barcelona, 1976, p. 387.

3 Discurso en el Teatro Caupolicán, marzo, 1983.